ANA MARÍA HOLZBACHER

EL TEMA DEL EXILIO EN MARÍA DE FRANCIA

Marie ai nun | si suis de France. Poco sabemos de María de Francia, casi tan poco como lo que nos dice este verso. En los intentos hechos para identificarla se ha tratado de encontrar una María de origen francés que viviese lejos de Francia, y esto porque la afirmación «si suis de France» no tendría razón de ser de no formularse fuera de este país. Existe otro indicio en *Los Lais* que puede apoyar esta hipótesis, nos referimos a la presencia del tema del exilio que de una forma u otra encontramos en *Eli duc, Chievrefoil* y *Lanval,* con lo que cubre —los lais son doce— una cuarta parte de la obra.

Este tema está enfocado en cada caso variando los ángulos de toma y el tiempo de exposición, con lo cual María cumple una de las dos normas que se había impuesto, y que nos comunica de manera expresa en el lai de *Milun:* la variedad y la amenidad.

Ki divers cunter veut traitier
Diversement deit comencier
E parler si raisnablement
K'il seit pleisibles a la gent.

María de Francia, nueva Scherezade, sabe que sólo el cumplimiento de estos dos requisitos le permitirán sobrevivir ante el oyente-lector.

El lai de *Eliduc* presenta, de manera bastante completa, la tipología del tema del exilio con unos aspectos propios de la circunstancia medieval y otros que acompañan la condición de exiliado en todos los tiempos.

Eliduc era un vasallo de un Rey, al que servía lealmente. Su señor lo amaba y apreciaba y le permitía lo que les estaba prohibido a otros, como por ejemplo, cazar en sus tierras. Estos privilegios suscitaron la envidia de algunos y, nos dice María, como ocurre a menudo, maldijeron de él ante su señor y afearon su conducta, tanto que un día, éste lo expulsó de la corte sin explicarle siquiera el motivo, impidiéndole así defenderse.

Privilegios dispensados por el poder, *envidia* de los demás, *maledicencia, desgracia, indefensión.* Hitos habituales del camino del exilio, que recorrerá también el Cid de nuestro *Poema.*

Eliduc no puede sino acatar la voluntad de su señor. Reúne a sus amigos, les informa de cuán inmerecidamente ha caído en desgracia, y les comunica su decisión

de cruzar el mar para ir a Logres. Dejará en sus tierras a su mujer, confiándola a la lealtad de sus hombres y de sus amigos. Emprende la marcha, acompañado de un puñado de caballeros, y unos pocos versos, como requiere la concisión del relato, evocan el gran dolor de la esposa en el momento de la despedida y las promesas de fidelidad de Eliduc. Esta separación tendrá como consecuencia lo que constituye el meollo sentimental del relato.

Ahora empieza el viaje de Eliduc, condenado a buscar a quien servir como mercenario —aquí nos acercamos al Cid de la historia—. Su objetivo es un señor en guerra que no esté en condiciones de defenderse por sí mismo. Y así su elección recaerá sobre un rey de edad avanzada, sin descendiente varón que pueda ayudarlo. *Une fille ot a marier* nos dice María. Este detalle justifica la guerra que sostiene con su vecino, a quien se niega a entregar a su hija en matrimonio, y permite adivinar el curso que seguirá la narración.

El Rey acepta la ayuda de Eliduc, lo hospeda y le da más de cuanto puede gastar. Eliduc en su *«belle chambre courtinée»* se hace servir suntuosamente y hace aprovechar de su buena mesa a cuantos caballeros pobres se hospedan en el burgo. Como veremos en *Chievrefoil* y en *Lanval,* los marginados que nos presenta María son los más pródigos con los menesterosos cuando la suerte les es propicia.

Eliduc da muestras de valor y de estrategia militar, y consigue restablecer la paz, después de lo cual el Rey lo amó y lo retuvo durante un año. La hija del Rey, que había oído hablar del mérito del guerrero, lo mandó llamar y, cuando él acudió a visitarla, lo tomó de la mano y se sentaron en la cama —esta cama, que dentro del escueto mobiliario medieval, cumple las funciones de sofá y de lecho, y que es prólogo y escenario de todos los amores.

La condición de extranjero, por tanto, de ser que invita a la protección, unida al buen parecer de Eliduc y a la reputación de valor que lo acompañan, hacen que la doncella se enamore de él desde el primer momento. En cuanto a Eliduc, sale de la entrevista pensativo y turbado. Lamenta haber permanecido tanto tiempo sin conocer a la hija del Rey, pero nada más haber tomado forma este pensamiento le asalta el recuerdo de su mujer, a la que prometió fidelidad.

Aquí tenemos otro elemento frecuente del tema del exilio, los nuevos afectos nacidos en la tierra de elección —motivados en gran parte por la soledad y la lejanía— que pueden tener como consecuencia el quebranto de la fidelidad conyugal.

Eliduc se había propuesto no hablar de su amor a la joven; mas ella, ingenua pero decididamente, toma la iniciativa, aún sabiendo las consecuencias desastrosas que, dada la condición de extranjero de Eliduc, puede acarrearle este amor:

Si s'en irat hastivement
Jeo remeindrai comme dolente.

Recordemos la severidad con que juzga Chrétien de Troyes estos comportamientos femeninos:

Ce n'avint onques
Que fame tel forfet feïst
Que d'amer home requeïst
Se plus d'autre ne fu desvee
Bien seroie fole provee.

(Cligés, vv. 998-1002)

Hoeppffner —ocho siglos después— hace otro tanto cuando afirma que la declaración de la Princesa «es una piedra en el jardín de María...»

Este no es el único caso de iniciativa amorosa en *Los Lais,* de modo que hay más de una piedra en el jardín de María, hay un pequeño jardín de rocaille...; pero es que María reivindica para la mujer algunos derechos que normalmente se reservan los hombres, además, en el caso que nos ocupa, la declaración de la Princesa tiene una razón de ser dentro de la economía del relato, liberando a Eliduc de parte de su falta. En efecto, si peca es por omisión al silenciar su condición de casado.

Los malos auspicios de la Princesa se cumplen: el señor de Equitan lo manda buscar. Está en un gran aprieto, va perdiendo sus castillos y ve devastada su tierra. Se ha arrepentido de haberlo alejado de su lado, y lo conjura por la promesa que le hizo cuando aceptó su homenaje que vaya a ayudarlo. La hora tan deseada del regreso a su tierra llega en el momento en que los nuevos lazos que unen a Eliduc al país de exilio le hacen exclamar: *Deus, tant est durs le partement!* (v. 604).

De nuevo junto a su esposa puede percatarse de que su amor por ella se ha desvanecido. Volverá a Exater para raptar a la hija del Rey, y he aquí que, durante la travesía, el mar se resiste a ser cómplice del engaño, y manifiesta su ira con una violenta tempestad. Un marinero amedrentado acusa a Eliduc de poner en peligro las vidas de todos con su comportamiento adúltero. ¡Así es como la Princesa se entera de su condición de casado! La noticia la sume en un profundo desmayo semejante a la muerte, y ya en tierra, cuando después de muchos días todos la creen sin vida, la comprensiva ternura de la mujer de Eliduc y el poder maravilloso de una florecilla, conseguirán despertarla.

Y el final será feliz gracias a la abnegación de la esposa que renunciará al matrimonio para retirarse a un convento. Eliduc, libre, podrá casarse con la doncella.

De sa tere la cungea
Pur la reïne qu'il ama.

(*Chievrefoil,* vv. 13-14)

Volvemos a encontrar el tema del exilio en el *Chievrefoil,* una de las narraciones más breves de María de Francia, una de las más poéticas quizá.

Tristán ha sido expulsado de la corte del rey Marc porque había llegado a oídos de éste que amaba a la Reina. Se marchó al Sur de Gales, donde había nacido, pero después de un año, no pudiendo vivir lejos de Iseo, regresa a Cornualles para acercarse a ella. Se adentra en el bosque y busca y encuentra refugio entre «les pauvres gens», cómplices siempre de los enamorados y solidarios de los que, como ellos, son víctimas de los poderosos.

Aquí Tristán nos aparece como el proscrito que vuelve a la tierra de donde ha sido expulsado y vive en la clandestinidad; el exilio es sólo un apunte dibujado con unas pocas frases para servir de fondo a la trama del lai: este breve encuentro entre Tristán y la Reina en medio del bosque mediante el mensaje inscrito en un bastón confeccionado con una rama de avellano, en la que se enlaza, una madreselva.

El dístico: *«Belle amie si est de nous / Ne vous sans moi, ni moi sans vous»* grabado en el bastón, unido a la asociación madreselva-avellano, tiene como misión expresar el sentimiento indisoluble que une a los dos amantes.

Una rama así, en medio del follaje del bosque, es como la botella lanzada al mar por un náufrago, que tiene una posibilidad entre mil de llegar a buen puerto. Mas para la Reina un solo ser habita el mundo: el mismo que habita su corazón y, siempre al acecho, la imaginamos mientras cruza el bosque, en medio de la comitiva

que se encamina a Tintagel, buscando un indicio de su presencia tras cada árbol, en cada nuevo recodo del camino, en el leve temblor de unas hojas.

Gracias al ingenio de Tristán y al amor de la Reina, el avellano y la madreselva se enlazarán una vez más en este encuentro, promesa de encuentros futuros, ya que, como la Reina anuncia a Tristán, Marc, arrepentido de haber desterrado a su sobrino, volverá a llamarlo a la corte.

Momentos furtivos robados al tiempo y a esta muerte que unirá definitivamente a los amantes y que, por las palabras de María, está presente desde el principio del lai cuando nos anuncia que va a tratar:

De Tristan e de la reïne
De lur amur que tant fu fine
Dunt ils eurent meinte dolur
Puis en moururent en un jour.

Fiz a rei fu de haut parage | Mes luin ert de sun heritage... María nos presenta con estas palabras a Lanval y más adelante comenta:

Mut est dolenz, mut est pensis
Seigneurs ne vus esmerveillez:
Hum estrange descunseillez
Mut est dolenz, en autre tere
Quant il ne seit u securs quere!

Aquí estamos ante otro ejemplo de exilio, tomando la palabra en el sentido más amplio, aquél con que se designa la situación de quien, por los motivos que sea, está fuera de su patria: del expatriado.

El estatus de Lanval es el de uno de los muchos jóvenes que en el román artúrico han acudido a la corte para su formación como caballeros y para adquirir mérito y fama al servicio del Rey —transcripción literaria de los *«jovenes»* aristócratas turbulentos de que habla Georges Duby [1]; sólo que el Rey lo ha olvidado en sus dones, lo cual constituye una grave violación del contrato feudal y una gran injusticia.

El Rey lo ha olvidado, y nadie le ha recordado su existencia, tal vez, nos dice María, porque su valor, su prodigalidad, su apostura y su proeza hacen que todos lo envidien. Aquellos mismos que le mostraban semblante afable no se hubieran compadecido de él de ocurrirle alguna desgracia. «Y esto, porque era extranjero», añade María.

Lanval no vive esta exclusión con indiferencia, pero tampoco intenta combatirla buscando la compañía y el afecto de los demás caballeros, muy al contrario, asume la exclusión a la que otros lo relegan y se instala tristemente en ella.

El lai nos lo presenta un día de tantos yendo a solazarse solo, fuera de la ciudad, símbolo de la vida en común. Llega a un prado, desmonta en la proximidad de un curso de agua y el caballo se pone a temblar —detalle curioso que retenemos—, Lanval lo descincha y lo deja revolcarse sobre la hierba; luego, pliega un faldón de su manto a guisa de almohada y se acuesta pensativo. «No ve nada que le dé contento...», nos dice María.

Es entonces cuando vienen hacia él, procedentes del río, dos doncellas ricamente

[1] *Les jeunes de la societé aristocratique de la France du Nord-Ouest.* Annales: Economies, Sociétés, Civilisations, 19, 1964, reimpresión en *Hommes et Structures du Moyen Age,* París, La Haya, 1973.

ataviadas y provistas de unas jofainas de oro y de una toalla, objetos que sólo encontrarán su utilización mucho más tarde, por lo que aquí parecen desplazados.

Temblor del caballo, curso del agua, jofainas y toalla. ¿Y si todo esto tuviese una relación entre sí?

Los cursos de agua son a menudo en el mundo céltico fronteras del Más Allá así en *Graelant, Guingamor, Désiré,* en el *Lancelot,* donde hay que franquear dos puentes para ir al país de Gorre, «del que nunca se vuelve». Los caballos están dotados de una intuición que les hace adivinar la proximidad de una tormenta o de la muerte. ¿Y las doncellas dispuestas a servir el aguamanos? Hoeppffner nos dice con cierto tono de crítica, que las jofainas de oro y la toalla «ici ne riment à rien». Piensa que podría tratarse de los últimos vestigios de la escena del baño —el hada sorprendida en el agua por el caballero— que se encontraría en el cuento primitivo que María explota. Jeannee Wathelet-Willen[2] se pregunta si no evocan muy furtivamente alguna ceremonia lustral en el momento de entrar en el Otro Mundo. Y Ribard[3] habla de rito de purificación: las dos doncellas vienen a abrirle las puertas del Más Allá.

Explicaciones éstas con las que el conjunto cobra sentido. Podemos, pues, retener para las jofainas la idea de rito iniciático de purificación y asociarla al curso de agua como frontera y al temor del caballo por la proximidad de la muerte. Pero prosigamos.

Las jóvenes van al encuentro de Lanval y le dicen que su *«demoiselle»* las ha mandado por él, y lo invitan a acompañarlas al pabellón que desde allí se avista. Lanval no vacila ni un instante. María nos dice: *«Od elles vait»,* sin más. Y no sólo no vacila, sino que se desentiende de su caballo, hecho bastante inusitado también; pero aquí el caballo representa el último ligamen que unía a Lanval a su vida de caballero en la corte.

Sigue la descripción de la tienda mediante una técnica de sobrepujamiento: «ni Semíramis en el colmo de su riqueza, de su poder y de su saber, ni el emperador Octavio, hubieran podido comprar un jirón de ella.» Y en cuanto al águila de oro que corona la tienda, la autora no sabría decirnos su precio: la consabida técnica de la hipérbole. Y, ¿qué decir de la doncella?:

> Flur de lis e rose nouvelle
> Quant ele part al tens d'été
> Trespassoit elle de beauté.

Lo cual nos informa poéticamente del color de su tez —blanca y bermeja— y de su extrema juventud —las flores con las que se la compara acaban de brotar con el calor del estío.

La joven está acostada en un lecho suntuoso que más bien parece trono de belleza, y para compensar el abrigo liviano de su camisa generosamente escotada, lleva sobre los hombros un manto de armiño forrado de púrpura de Alejandría. Otra vez el blanco y el rojo —eco de los tópicos de descripción de la belleza femenina, que nos recuerdan que la feminidad está amasada con leche y con sangre.

Inútil decir que el deslumbrante y sensual encanto de la joven, cautiva a Lanval. La doncella le habla. Ha venido de una tierra que dice lejana, y le promete abundancia de bienes si es *«pruz e curteis»,* porque le ama más que a nada en el

---

[2] Ver «Le Mysthère chez Marie de France», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire,* 38, 1961, págs. 661-686.

[3] *Le «Lai de Lanval»: essai d'interprétation polysémique,* Mélanges Wathelet-Willem, Liège, 1978, páginas 529-544.

mundo. Adivinamos tras su palabras, la presencia de un Más Allá maravilloso, y nos resulta evidente que nos hallamos ante una de tantas hadas más o menos cristianizadas, que pueblan las novelas de Chrétien de Troyes, que, en este caso, viene a enderezar las injusticias de que ha sido objeto Lanval: la cometida por el Rey —de ahí los dones materiales— y la de los otros caballeros que le han negado su amistad —de ahí el amor.

El Otro Mundo compensando las injusticias de éste.

Il la garda, si la vit belle y le da la única respuesta posible: hará cuanto le ordene. Después de estas palabras, ella le otorga el primer don: su amor y su persona, y le promete otro, que será la prueba de éste: Lanval no deseará ningún bien que, al punto, no le sea concedido. ¡Ya puede hacer prueba de generosidad! Cuanto más gaste, más oro y plata tendrá. Y cuando piense en ella, cuando quiera hablarle, no tendrá más que invocarla e irá a reunirse con él. Sólo le impone una condición: que no hable de ello a nadie, de otro modo la perderá irremisiblemente.

Moshé Lazar[4] ha visto en esta exigencia de secreto un rasgo de «amor cortés»; para Ribard se trata del secreto exigido a los neófitos en las religiones con misterios y en todas las sociedades iniciáticas. Jeannee W.-W. lo equipara al secreto que encontramos también en los cuentos de hadas. Y Mary H. Ferguson[5] lo identifica con el tema de la prohibición y del tabú infringido. Estas últimas explicaciones nos parecen las más evocadoras. A partir de ahora Lanval será feliz y hará felices a muchos con su generosidad, ayudando a los caballeros, libertando a los prisioneros, vistiendo a los juglares, haciendo grandes dones a privados y a extraños... Otra vez la solidaridad con los menesterosos que habíamos encontrado en Eliduc y en Tristán, cuando «les petites gens» le ofrecen cobijo y mesa.

Así pasa el tiempo hasta que llega el día de San Juan, principio del solsticio de verano, que aquí introduce una interrupción no en la progresión de la luz solar, sino en la dicha de Lanval.

La reina Guenièvre contempla desde una ventana a los caballeros que se están solazando al pie de la torre. Entre ellos se encuentra Gauvain, que se dirige a sus compañeros para decirles que se comportan mal con Lanval, el noble y valiente caballero. Van a su hospedaje y le ruegan que los acompañe. La Reina ve la mesnada, distingue a Lanval y llamando a sus doncellas baja a deleitarse al vergel. Los caballeros la acogen gozosos, tomándolas de la mano, pero:

> Lanval s'envait a une part
> Luin des autres...

La soledad acostumbrada, sólo que ahora tiene otra razón:

> Ceo lui est tard
> Que s'amie puisse tenir
> Baiser, acoler e sentir.

---

[4] *Amour courtois et «fin'amors» dans la littérature du XIIè. siècle,* Klincksieck, París, 1964. Moshé Lazar, para insistir en la importancia del secreto dentro del amor cortés hace alusión al «senhal» que tenía como objetivo ocultar el nombre de la dama, pero con esto parece olvidar: que el hada no está casada —sus doncellas la designan como *«demoiselle»;* que nadie la conoce, puesto que viene de un país lejano; que cuando Lanval habla de ella no la identifica —sólo dice que ama a una doncella; y que en ningún momento dice su nombre. ¿Cómo podría decirlo, si *no tiene nombre?*

[5] «Folklore in the Lais of Marie de France», *The Romanic Review,* LVII, 1966, págs. 3-24.

La Reina, al verlo solo, se le acerca y le abre su corazón. Otra mujer que toma la iniciativa:

Lanval: Mut vus ai honoré
E mut cheri e mut amé
Toute m'amor poez avoir
Or me dites vostre voler
Ma druerie vous otroi.

Lanval responde primero con evasivas, refugiándose en la fidelidad que le debe a su señor, pero ante la réplica ofensiva de la Reina: «Creo que amáis otros placeres. A menudo me han dicho que no os interesan las mujeres. Tenéis unos donceles y con ellos os solazáis...» Sin medir esta vez sus palabras, le habla de su amiga, que supera en hermosura a cuantas conoce. Y, en el colmo de su indignación, profiere la frase que le será fatal: una de las doncellas que la sirven, la más humilde *«meschine»,* vale más que la Reina:

De cors de vis et de beauté
D'enseignement et de bunté...

El despecho de *Guenièvre* no se hace esperar, su venganza tampoco, cual la mujer de Putifar, acusa a Lanval ante su marido de haberle hecho proposiciones deshonestas, y, como ella no ha cedido, se ha jactado con la comparación humillante.

Artus manda llamar a Lanval, que ha caído en la cuenta de la falta que ha cometido al hablar de su amor e invoca en vano a su amiga. Cuando ve llegar a los caballeros que van por él, nos dice María: «Por su voluntad hubiera preferido que viniesen a matarlo.» Ante el Rey se declara inocente del primer cargo de que se le acusa: el haber requerido de amores a la Reina, pero no niega aquello de lo que se ha jactado. Artus pide consejo a sus hombres, y todos opinan que Lanval debe ser juzgado.

Empieza el juicio; los amigos de Lanval lo incitan a que llame a su amiga, la única que puede testimoniar con su presencia que cuanto ha dicho es cierto. Él les asegura que no lo socorrerá, no obstante, todos esperan la llegada salvadora. El juicio se prolonga y la espera también, cuando de pronto, llegan dos doncellas a cual más hermosa, a las que seguirán otras dos más hermosas aún. Cada vez, los amigos de Lanval van gozosos a preguntarle cuál de ellas es su amiga y él les da invariablemente la misma respuesta: no las ha visto nunca, y nunca las ha conocido ni amado. Por fin, para culminar la progresión, aparece la amiga de Lanval que las supera a todas en belleza. María sugiere sus encantos a través de la reacción de cuantos hombres la ven pasar, jóvenes y viejos; después hace una descripción:

blanco el cuerpo y *blanco* el rostro
iba vestida de *blanco* y montaba
un palafrén *blanco.*

Sólo interrumpe la blancura del conjunto el casco de oro de sus cabellos y el manto de púrpura.

Blanco-dorado-rojo... El *blanco* para muchos pueblos es el color del Este y del Oeste, es decir, de los dos puntos extremos y misteriosos en que el sol nace y muere. Es también color privilegiado de los ritos de pasaje; según el esquema clásico de toda iniciación: muerte y renacimiento. Primitivamente color de muerte y de duelo, lo es aún en todo el Oriente y lo fue durante mucho tiempo en Europa, y concretamente en la corte de Francia. Es el color del sudario, de los espectros, de

todas las apariciones. El *dorado,* color solar, es sinónimo muchas veces de blanco. En cuanto al *rojo,* también es un color iniciático como el blanco, y reviste igual que él una significación funeraria. Para los alquimistas es el color de la piedra filosofal, cuyo nombre significa «la piedra que lleva el signo del sol».

De modo que puede haber un isomorfismo entre el blanco, el dorado y el rojo, que simbolizarían la muerte[6]. Los mismos colores que han servido para describir a la doncella en su primera aparición —*«fleur de lis e rose nouvelle»*— tienen un simbolismo ambiguo que los hace aptos para simbolizar la belleza femenina y también la muerte.

La amiga de Lanval se dirige al rey para afirmar que Lanval nunca ha requerido de amores a la Reina. En cuanto a aquéllo de lo que se ha jactado —las declaraciones sobre la belleza de su dama— que los barones deliberen si su presencia puede servir de prueba de la inocencia del acusado... Todos exculpan a Lanval y la doncella no quiere demorarse más. Ha acudido para impedir que se perpetrasen las injusticias del Rey y los caballeros, pero esto no significa que perdone a Lanval la falta cometida contra ella.

Lanval, hasta ahora débil y vulnerable, saca fuerzas de flaqueza, y cuando ve a su amiga dispuesta a alejarse de él para siempre, se encarama a una gran mole de mármol, de las que servían para que los caballeros armados pudiesen montar, y en el momento en que su amiga pasa por delante, da un salto y monta sobre la grupa del caballo. Es muy posible que fuese esto lo que el hada esperaba para perdonarlo, puesto que no lo rechaza, y María nos dice: «con ella se va a Avalón.» Este nombre del país maravilloso del que no se vuelve, se pronuncia ahora por primera vez en el lai. Michèle Konbichkine ve en *Lanval* un anagrama de Avalón, lo cual indicaría que es éste su país de origen[7].

Algunos críticos han visto en Lanval un adolescente que no consigue adaptarse al mundo en el que vive, que se siente incomprendido. Y en efecto, además de un exiliado es alguien que siente el mundo como «tierra de exilio». Recordemos: «No ve nada que le dé contento.» Y cuando el amor le falla, desea la muerte.

¿Acaso se trata de uno de estos «*malades du siècle* "avant" o "après" la lettre» que acarrean su malestar existencial preguntándose como el Gaspard Hussein de Verlaine, si han venido demasiado pronto o demasiado tarde, y que exclama con el Bateau Ivre: «Oh que ma quille, eclatte. Oh que j'aille à la mer!»? O tal vez sea uno de estos adolescentes que no se han integrado en el mundo de los adultos porque no lo aceptan tal como es, con su injusticia y su falta de amor y no son lo bastante fuertes para intentar cambiarlo.

Para nosotros, Avalón no es el país de origen de Lanval, sino el reino al que tal vez —en medio de su insatisfacción— anhelaba ir, y que a su vez lo ha elegido. Y recordamos los simbolismos que rodean a la doncella sin nombre...

Quizá pueda parecer que en nuestra lectura de *Los Lais* a la búsqueda del tema del exilio, nos hemos dejado llevar por la fantasía, pero es que el Prólogo de la obra con su creencia en el enriquecimiento progresivo de la obra literaria previsto ya en el acto de escritura, invita a una lectura así, y estos cabos sueltos que María siembra en la narración son otros tantos huecos dejados por nuestra autora para que aniden en ellos la imaginación y la poesía.

---

[6] Jean Bellemin-Noël al estudiar el cuento de *Blancanieves,* subraya el paralelismo existente entre los tres colores que aparecen al iniciarse el relato, y se repiten como eco a lo largo de la narración, en un simbolismo ambiguo que oscila entre la belleza erótica y diversos aspectos de la muerte. *Les contes et leurs fantasmes,* PUF, 1983.

[7] *A propos du Lai de Lavanl,* Moyen Age, LXXVII, págs. 467-488.